

Aquellos obreros, nuestros mayores

Carlos Díaz

Director de Acontecimiento

1. El punto de partida: los pobres

Cristo sabía que los más necesitados eran los pobres (pobre no significa perezoso). La *Primera Internacional de Trabajadores*, que comenzó obrerista con los partidarios de Proudhon, tuvo cada vez menos obreros para terminar siendo un movimiento de cuadros e intelectuales, poderosos y ricos al fin: ¿quién podría decir que en nuestros días son pobres los dirigentes de los Partidos Socialistas europeos, aunque algunos todavía sigan llamándose Partidos Socialistas Obreros? No sé qué le pasa a los pobres. Sé que los ricos acaban ocupando el lugar de los pobres, y desplazándoles.

Afrontemos, pues, el transfondo de la memoria oscura del pasado obrero y sufridor de esos pobres, y traigámoslo a los pies del presente (*hic Rodus, hic salta*, aquí tienes la historia, salta aquí, escribió Marx): no hay que equivocarse en ese salto, la historia no se puede saltar en vano.

2. Un movimiento obrero tan «glorioso» como meteorítico

La historia del movimiento obrero comienza *en todo su esplendor* con la Primera Internacional de

Trabajadores (1866, Ginebra-1872, La Haya, quinto y último Congreso). Si, haciendo una cadena humana, nos diésemos la mano, bastaría con seis o siete eslabones para encontrar en el primero de ellos el rostro de aquellos míticos fundadores, el de Marx, el de Bakunin; basta un golpe de vista, está cerquita, a la vuelta de la esquina. Pero la



M. Bakunin

Primera Internacional termina destrozada prontísimo, sencillamente porque marxistas y anarquistas no se entienden; son siete años de luz cegadora y muy fugaz, auge y ocaso. Bajo ese signo continúa sin embargo hasta el estallido de la guerra civil española: apenas setenta años

de «gloriosa», ni siquiera media docena de generaciones. La historia del *gran* movimiento obrero, meteorito que termina desintegrándose en forma de polvo interestelar en los agujeros negros de las galaxias, concluye con el amargo saber de la derrota en el 1939, fecha a partir de la cual el movimiento obrero, o lo que queda de él, no ha levantado cabeza. Y sin embargo –apenas sin él, pero gracias a él– una gran parte de la humanidad vive hoy mejor que cuando él era fuerte, mientras los pobres de la tierra son cada vez más, y más pobres: para éstos, la historia del movimiento obrero no ha comenzado jamás.

3. ¿Cómo era el militante obrero de la época gloriosa?

Si aplicamos nuestra metodología al análisis histórico, tendríamos lo siguiente:

3.1. Saber: ¿qué sabía aquel movimiento obrero?

Poco, académicamente: había un ochenta por ciento de analfabetos en aquel movimiento obrero. No *sabían*, pero tenían mucho malestar en el cuerpo y debían luchar mucho para sobrevivir; lo que Salamanca no daba, lo prestaba la

Afrontar el paro

naturaleza: «He visto –dice una descripción de la época– casas de obreros. Jamás olvidaré lo que vieron mis ojos. Un cuarto de quince metros cuadrados por dos y medio de alto. No tiene más ventilación que la que recibe por una puerta de dos metros de larga por uno de ancha. El mobiliario se compone de una cama (dos banquillos para sostener las tablas sobre las que hay jergones de paja), una mesita que no mide medio metro cuadrado, tres o cuatro sillas desvencijadas, un lebrillo de barro, algunos cacharros, una arquilla de madera para guardar las ropas, un par de almohadas, y en ese agujero viven siete personas. Cuando llega la noche, uno de los colchones se extiende en el suelo, y las camas se convierten en dos. Entré en el tugurio, al caer la noche, cuando estaba ventilado por haber tenido la puerta abierta durante todo el día, y no pude resistir el hedor que exhalaba... Y así, no comer carne más que en las fechas señaladas, ayudarse con el trabajo de la mujer y los hijos, malvivir en un rincón de un piso realquilado. Y, si los negocios van mal, entonces sobreviene el paro forzoso y la miseria». Si nosotros tuviésemos ese mobiliario y esa circunstancia vital nos consideraríamos tal vez los seres más desgraciados de la tierra.

Pero su ansia de saber era más grande que todo lo demás: «En los descansos del trabajo, durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruido leía en voz alta folletos corroborando lo leído. Se leía siempre, la curiosidad y el afán de aprender eran insaciables; hasta de camino, cabalgando en caballerías, se veían campesinos leyendo; en las alforjas, con la comida, iba siempre algún folleto. Es incalculable el número de periódicos que se repartían; cada cual quería tener el suyo. Es verdad que el 70 u 80% no sabía leer; pero

el obstáculo no era insuperable. El entusiasta analfabeto compraba su periódico y lo daba a leer a un compañero, a quien hacía marcar el artículo más de su gusto; después rogaba a otro camarada que le leyese el artículo marcado, y al cabo de algunas lecturas terminaba por aprenderlo de memoria y recitarlo a los que no lo conocían». Mucho tiempo después, ya durante la insurrección de Asturias en el republicano año 1934, recuerda Abad de Santillán lo siguiente, con ocasión de su reclusión carcelaria en un barco: «Tan pronto como puse los pies en el barco, se le ocurrió a Braulio organizar una especie de escuela para aprovechar mi presencia, y no pude rehuir el compromiso de dictar algunas clases por la tarde, aun con la conciencia de que

no sería mucho lo que podría explicar en las semanas o meses que nos retuviesen en aquella situación. Lo admirable era la atención y el ansia de saber de los improvisados alumnos. La pasión de saber, de adquirir nuevos conocimientos, era proverbial en nuestros medios; obreros que no habían ido a la escuela en su niñez, porque no había escuelas, o porque las exigencias del trabajo no se lo permitían, llegaban a través de nuestras escuelas, de nuestros ateneos, de nuestras publicaciones, a un grado de cultura admirable. Era común que todo militante tuviese en su vivienda, aunque constase de una mísera habitación, una pequeña biblioteca, y todo contribuía a avivar su sed de conocimientos».

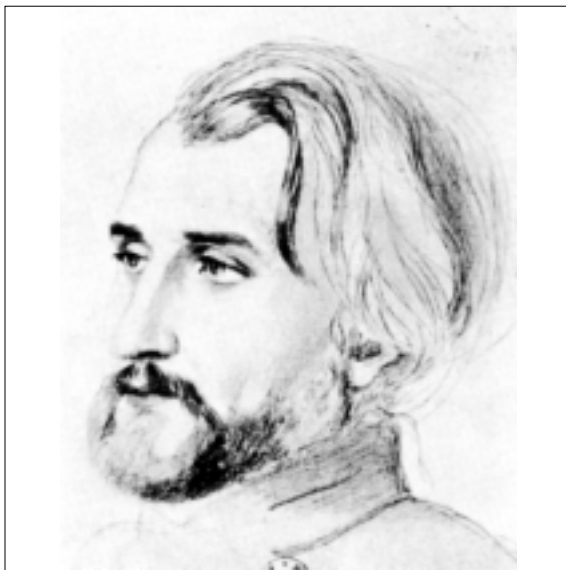
El saber puede venir de arriba, o de abajo; aquí venía del dolor. Terminaban aprendiéndose los libros, los artículos, todo, *de memoria, par coeur* como se dice en francés, *de cor-razón*, igual que san Francisco: «me sé de memoria a Cristo muerto y resucitado». La tradición de aprenderse las cosas de memoria es inmemorial, esa tradición sapiencial transmitida oralmente de generación en generación, sabida con las tripas, tan fecunda e inevitablemente unida a la vida. Aquellos analfabetos aprendían a leer con el corazón buscando la entraña de

humanidad de un mundo mejor y más entrañable. Se aprende con el corazón, aunque eso no lo podamos aprender quienes no hemos aprendido sino tan sólo con la cabeza. La misma distinción entre corazón y cabeza es meramente académica y tardía en la historia de la humanidad.

3.2. Querer: ¿qué quería aquel movimiento obrero?

Quería salir de las llamas del infierno en que estaba, y lo quería con toda la intensidad. Para ellos resultaba ine-

I. Turguenev



vitale querer mucho; no podían querer poco, porque querer poco significaba continuar siendo quemados por las llamas del infierno. Tenían que querer, o todo o nada. Querían «Tierra y libertad», es decir, vida o muerte, pues aquellos obreros nada tenían que perder, a no ser sus cadenas, pero todo por ganar. Aquello de vida o muerte era una disyuntiva real, y para que hubiese vida habría de haber tierra y libertad. Ni tierra sin libertad, ni libertad sin tierra. Se entiende que su querer fuera tan intenso; no pudo ser hipotético, hubo de ser *categorico*. Si el querer hipotético condiciona la causa para desencadenar la dinámica del efecto (quiero *si* me das tal o cual cosa), el querer categorico surge de forma incondicional: *quiero a pesar de todo, porque no puedo querer sino queriéndolo todo, quiero necesaria y absolutamente*. Esta intensidad del querer conllevaba un punto de locura, pues hay que estar loco para asumir causas categoricas en favor de la humanidad, hay que estar poco cuerdo según la humana cordura para dar literalmente la propia vida en favor de la tierra y libertad ajena, considerándola tan propia como la de los propios hijos.

Es verdad que no todos los obreros fueron igualmente militantes, no hay que hacer hagiografías, pero no es menos cierto que los mejores de aquéllos imprimieron a sus vidas un sesgo categorico. Si el querer obrero fue por término medio un querer *para sí*, para salir de su hambre, el del *obrero consciente*, según se les llamaba, hubiera podido caracterizarse con terminología hegeliana como *en sí-para sí*, porque buscaban la universalización de su querer; sólo los más locos, los grandes líderes obreros, querían para todos y cada uno lo que la mayoría de ellos quería sólo para cada uno. El *obrero consciente* se comportaba así: «En sus viajes a la capital o a otro pueblo, el campesino se ponía en contacto con sus compañeros de oficio y oía de sus

Afrontar el paro

labios apasionadas alabanzas de la nueva doctrina y recibía de sus manos ejemplares de la prensa. De regreso a su pueblo, el expedicionario leía el periódico a sus íntimos, los cuales, convencidos en el acto, divulgaban calurosamente el nuevo credo. A las pocas semanas, el primitivo núcleo de diez o doce adeptos se había convertido en una o dos centenas; a los pocos meses, la casi totalidad de la población obrera, presa de ardiente proselitismo, propagaba frenéticamente el flamante diario. Los pocos reacios se veían acosados en el trabajo, en las calles y plazas, por grupos de convencidos que los asediaban con razones, con voces, con desdenes, con ironías, hasta decidirlos: la resistencia era imposible... En el campo, en los albergues y caseríos, donde quiera que se reunían campesinos, a las habituales regocijadas conversaciones de varios asuntos había sucedido un tema único, tratado con seriedad y fervor: la cuestión social. En los descansos del trabajo, durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruido leía en voz alta folletos o periódicos que los demás escuchaban con gran atención: luego venían las peroraciones corroborando lo leído y las inacabables alabanzas. No todo se entendía, había palabras desconocidas, las interpretaciones eran infantiles unas, maliciosas otras, según los caracteres, pero en el fondo todos estaban conformes. ¡Cómo no! ¡Pero si todo aquello era la verdad pura, que ellos habían sentido toda su vida,

aunque no acertaran a expresarla!». A las pocas semanas eran cientos y miles.

Obviamente, aquel querer, dictado por la locura, generaba una sibiluría contagiosa. Esa locura es la locura de la zarza ardiendo, imposible de ser frenada. El movimiento obrero estaba en llamas, y por eso vivió en plena tensión de *holocausto* (*olon kauston*, todo quemado), él mismo se convirtió en holocausto de contagioso fuego. Lo que cuesta hoy hacer un verdadero propagandista de la idea no lo hubiera podido imaginar nadie ayer: ¡aquello era la verdad pura, no se ponía en tela de juicio, formaba una cosmovisión de fuego, devoradora, un pentecostés comunitario laico, con formato de credo!

3.3. Poder: ¿Qué podía aquel movimiento obrero?

Saber poco, querer mucho. ¿Qué podía este movimiento obrero? Ellos creían que lo podían todo, y alguien que cree que lo puede todo es inabitable, porque la fuerza viene de la convicción. Si cada minuto de tu vida tienes que probar que tu vida no es una derrota, tu vida en cada minuto será una derrota. Si crees, por el contrario, que para tí nada es imposible, para tí nada hay imposible. Ni potestades, ni jerarquías, ni dominaciones, ni tronos, ni cárceles, ni infiernos, ni demonios pueden con Piotr Kropotkin en la cárcel, un personaje de la nobleza rusa, que por mérito propio gana la medalla de oro de la Academia de Ciencias de Moscú, equivalente al Nóbel, que terminados sus estudios militares en Siberia descubre a los trabajadores de las minas de sal con el agua helada hasta el cuello en régimen de esclavitud, infiernos a los que el Dante había bajado, poblados con los enterrados vivos que habían sido descritos por Ivan Turgenev y por los nihilistas rusos, y se hace anarquista por humanidad, y da con sus huesos en la cár-

Afrontar el paro

cel como cualquier otro, y allí, en la lóbrega mazmorra en la que está a punto de morir, descubre en la contigua a un preso torturado y desmoralizado... Y este príncipe anarquista él mismo a punto de morir *puede* aún recordar a su vecino a golpe de morse desde la cárcel la paradigmática historia de la Comuna de París, invirtiendo en ello una semana. ¿Quién podrá vencer a un corazón tan enamorado de vida, acaso la muerte? Ni siquiera la muerte, pues en estas condiciones ella es más fuego para los que vienen detrás.

3.4. Esperar: ¿qué podía esperar aquel movimiento obrero?

Lo esperaba todo: «En 1903 un joven campesino se le acerca a un senador de la Alta Cámara y le dice: «Señorito, ¿cuándo llegará el gran día? -¿Qué gran día es ése? -El día en que todos seamos iguales y se reparta la tierra entre todos». Pobres mujeres se dirigían a propietarios esperando cambiar satisfacciones y parabienes por la noticia del próximo reparto y de la hermandad de todos.

Es claro que muy pocos fueron estos bienaventurados jerarcas de la candidez, pero eran muchísimos, casi todos, los que creían en el triunfo inmediato de la revolución social y del reparto; y en los pueblos, al menos, se imaginaban el suceso como un hecho sencillo y sin dificultades. Con la huelga general, la sociedad quedaría colapsada, parálitica, y la fortaleza capitalista se hundiría sin más esfuerzos, como los muros de Jericó al choque de las ondas sonoras de las tropas israelitas. ¡Y estaba ya amaneciendo el gran día!». Vivían a la corintia, pues cuando la utopía es tan intensa ¿qué más da ir vestidos de blanco o vestidos de azul? Si todo es artificio, sólo queda la esperanza que se toca ya con los dedos de las manos, el rosicler del alba nueva entre los dedos de los pobres.

3.5. Hacer: ¿qué podía hacer aquel movimiento obrero?

Y finalmente *hacer*. ¿Qué hacía esta gente? Lo que se puede hacer cuando uno se des-hace para que los otros se hagan, como me decía Marcelino Legido: el grano de trigo no da fruto en sí mismo, lo da para otros, es ya de otros, él da su vida para otros; no hay una continuidad entre el grano que da la vida y el fruto que la fructifica, como si éste perteneciese a aquel, que al final lo disfrutaría, no (ésta es también la diferencia entre el revolucionario y el terrorista: el revolucionario da la vida, el terrorista la quita). Así pues, aquel hacer venía del des-hacerse fecundo para otros, algo para ellos alegre con una alegría de colores, escatológica; aquello era un arco iris. Mirad cómo vivían, es decir, mirad cómo se amaban.

Hacer: llegaron a hacer maravillas tales como -durante las colectivizaciones libertarias españolas- la *toma del montón*: lo producido se ponía a disposición de todos (sin administradores ni guardianes) bajo el lema «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades», consistiendo la máxima alegría en aportar mucho y retirar poco, para que nada faltase a desvalidos, enfermos, ancianos, niños, etc. Antítesis del consumismo, aquellos interesados en socializar sus creaciones llegaron una buena mañana revolucionaria a decirse por fin a sí mismos: «¡cuánto es lo que no necesitamos, y lo poco que necesitamos qué poco lo nece-

sitamos!», con esa grandiosa carencia de necesidades estoico-socrática tan humanadora. Pero al cargado en exceso de mercaderías no le resulta fácil hacer causa con el quehacer revolucionario; ése no se jubilará para disfrutar jubilosamente su pensión dorada, sino con el chirriar de las persianas metálicas desvencijadas a la caída de la tarde aniquilada. Personalmente, no sería digno de malbaratar la historia del movimiento obrero a cambio de una vulgar jubilación sin ningún riesgo.

Por la toma del montón, aquellas gentes hacían libertad afirmándola en espacios públicos, en lugar de afirmar la libertad para el espacio privado («monoteísmo de Estado y politeísmo de alcoba»); sabían que una libertad para el espacio privado es un cóndor burriciego dando con sus alas de altura en los barrotes de una jaula de oro. Aspiraban a vivir en la búsqueda de la verdad, aunque se les quebrasen las alas en aquel planear majestuoso que rozaba el techo de humanidad. Aun con temor y temblor, ese fue su vuelo: una flecha lanzada al infinito por el arco tenso del guerrero.

4. Aprender del pasado, mirar al futuro

4.1. El pueblo, entre los héroes y los villanos

¿De qué pasta estaban hechos estos hombres? Pues, a pesar de todo lo dicho, ¡no de mejor pasta que la tuya o la mía! Estas personas no eran mejores que tú, eran como tú; menos universitarias que tú, y vivieron la época histórica que les tocó vivir. No hay lugar para ninguna exaltación del pasado en detrimento de las posibilidades del presente; de lo que se trata es de poner en juego las inmensas potencialidades del presente. No

aminoremos el presente; aquellas kalendas fueron horribles, se salieron con derrota, pero los militantes más grandes fueron héroes de un pueblo él mismo asendereado por un íntimo dolor, profetas en una república de trabajadores, los mejores en un pueblo de buenos donde sólo se podía ser bueno, o no ser.

Pero la historia también está poblada con rostros de turbia inhumanidad, que tienen el poder en sus manos y con él ejercen la violencia. Judas siempre hubo, que ejercieron para su desgracia la libertad. Y si hay una persona que dé pena es Judas, por él mismo: llevó la peor parte de la historia. Bajo la estela de Judas, allí los arcabuceros, y la policía, y los terratenientes son una minoría, aunque con mucho poder, eso sí. Si la mayoría bajó a las profundidades del propio demonio, le miró cara a cara, y al caer la noche pudo ser testigo, la minoría perversa hubo de maquillarse para poder mirarse a la cara. He ahí la constante histórica de los pueblos.

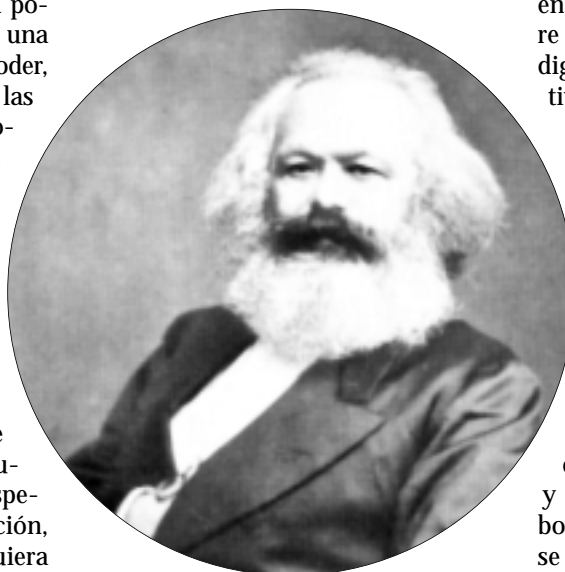
En resumen, porque eran pobres supieron lo que nadie les enseñó, quisieron lo que ninguno antes supo querer; pudieron lo que jamás se soñó; esperaron hasta la ajena desesperación, hicieron más de lo que ni siquiera Prometeo prometió hacer. Y sin embargo perdieron, perdieron porque -siendo ellos pobres- otros más ricos y poderosos que ellos supieron, quisieron, pudieron, esperaron, e hicieron mejor que ellos técnicamente, aunque peor que ellos moralmente. Si técnicamente dominaron las fábricas y los talleres, moralmente se dejaron dominar por los gigantes de sus deseos y por los enanos de sus temores.

Una vez más, entre los héroes militantes y los villanos de Judas, el pueblo soportó con dignidad su momento histórico. Aquella vez, todo ocurrió, eso sí, con más intensidades.

Afrontar el paro

4.2. Mirar al futuro que ya ha comenzado

Erguidos y en pie bajo el árbol de Silos de nuestros antepasados



K. Marx

obreros, nos preguntamos: ¿con que opción queremos orientar nuestro gesto, en llanto de derrota o en canto de victoria, en derrota erguida o en victoria canallesca? Lo mismo ayer que hoy, canto y llanto, también ésta es una libertad que nosotros debemos tomarnos, dándola. Si miramos a nuestro propio *daimon* interior, veremos que nosotros somos hijos de los vencidos técnicamente, pero de los vencedores moralmente, sin que sea ésta una lectura de consolación.

Será al elegir ser padres de los vencidos, o hijos de los vencedores, donde recomience nuestra historia: en la decisión que en este momento libérrimamente tengamos a bien adoptar: yo, hijo de vencedor, me paso al vencido; yo, hijo de vencido, me paso al vencedor; yo, hijo de vencido, sigo con los vencidos; yo, hijo de vencedor, sigo con los vencedores. No caben otras posibilidades puras, aunque a decir verdad sí muchas desgraciadamente impuras.

Y, al hablar de vencedores y vencidos, lo que jamás quisiera suscitar en el corazón de nadie sería el resentimiento. La historia que se asume comienza en el momento en que se decide ser lo que se quiere ser, y sólo podrá ser vivida con dignidad si se asume en la perspectiva del olvido (*amnesia*) que introduce el perdón (*amnistía*), desde la memoria que genera una libertad que recuerda (*anámnesis*) y que, no siendo olvido, presentifica el pasado para que no se repita, pero lo recuerda como perdonado. Olvido que recuerda perdonando, hagamos lo que hagamos con nuestra vida en el futuro, sobre todo si nos situamos del lado de los vencidos técnicos y vencedores morales, nuestra labor futura será la más adecuada si se asume desde esa perspectiva del perdón, que no es sino intensificación de la única militancia regeneradora posible, pues una militancia que se milita sobre el odio, cuanto más pretenda el paraíso en la tierra, tanto más la trocará en infierno, autodestruyéndola; una militancia, empero, que se despliega y edifica desde el perdón pacificador en la lucha por la justicia es fecunda, crea historia humana: la vida de monseñor Óscar Romero así vivida es muerte resucitada y resucitada. *Incipit vita nova*: ha comenzado un nuevo eón, un nuevo evo histórico. Y un 10% de jóvenes simbolistas, minoría cognitiva y afectiva, ya trabaja en la continuación de la

Afrontar el paro

historia del movimiento obrero...

4.3. Por desgracia, los malos (hoy sobre todo mayoritariamente tontos) se lo están perdiendo...

Pero ¿dónde están mientras tanto los dos millones de militantes obreros españoles del 1935, o sus hijos y nietos? Abandonando la memoria histórica de tierra y libertad a medida que se han acomodado a una tierra sin libertad, han configurado un país técnicamente vencedor («España, séptima potencia», según el libro de Mario Gaviña), pero moralmente vencido. Demasiada renta per cápita produce desperdicios militantes y olvida que la propia plusvalía procede del robo a los otros pobres, más pobres hoy de cuanto nosotros mismos lo fuéramos ayer, cada día un poco más pobres que ayer, pero menos que mañana. Por si fuera poco, además de ricos los españoles son justos: el segundo país más justo del mundo, donde las distancias ricos-pobres son menores: ¡cómo serán en los demás países de la Tierra esas distancias!

Como resultado de todo eso, son los españoles –tras los italianos– el segundo país de Europa que se autodeclara más feliz: «¿Sois feliz, pregunta Mefistófeles a Fausto? –Soy rico», le contesta éste. Mas ¿qué felicidad? La de un país de consumistas compulsivos que no se para a distinguir las voces de los ecos, por lo que también es: el *penúltimo* por la cola en lectura de prensa diaria (detrás de Grecia, lo cual se comprende porque el griego es un idioma muy difícil de leer); el

tercero del mundo en índice de ludopatías (sólo juegan más loterías los yankees y los filipinos); el *primero* en índice europeo de Sida; el *último* en prole. ¿No es ése un proyecto de vida sidoso e infectocontagioso, un estilo de vida epicúreo, donde se mide lo que va del estómago a la bragueta o braguita? Últimos en el primer mundo, a más felicidad más infecundidad, felicidad infecunda, cuando tenía que ser expansiva, porque la verdadera felicidad es fecunda en todo.

En resumen: los españoles ahora *saben* mucho pero de otro modo; *quieren*, pero no mejor, sino más, sobre todo dinero (deseo principal del 88%); *pueden* poco, o eso creen, ya derrotados antes de empezar: sienten no poder hacer nada, que todo está ya dado por el pensamiento único, visión conspiracionista de la historia regida por un demiurgo invisible maligno, aunque en el fondo les gusta que se piense por ellos; *esperan* mucho (jóvenes logromotivados y libre-disfrutadores predominan con sus licenciaturas de jurídico-empresariales y de derecho comunitario europeo). El resto del futuro está en manos de Rappel. Para un 90%

de españoles, el bienestar de la tecnología mal utilizada ha ganado la batalla a la antropología, o quizá la antropología duerme en una humanidad no fijada todavía, y hay que despertarla. Nosotros somos, con don Miguel de Unamuno, la memoria llamada a despertar al dormido, los hijos del mañana más cercanos a los padres de ayer. Merece enormemente la pena despertar el alma somnolienta de humanidad que se trasluce en el fondo de ojo de este animal no fijado todavía que es el ser humano. Porque, o despierta ese animal, o entonces volverán, no las golondrinas de Bécquer, sino los lagartos terribles, dinosauria.

Ojalá no caiga sobre nosotros, ay, el reproche de que por culpa nuestra el mismo sujeto histórico que debería pararse a distinguir las voces de los ecos ha decidido no existir. Ea, despierta, que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero.

Notas

1. In Díaz, C: *España, canto y llanto (Historia del movimiento obrero con la Iglesia al fondo)*. Acción Cultural Cristiana, Madrid, 1996, p. 133.
2. In Díaz, C: *España, canto y llanto* cit, pp. 134-135.
3. Abad de Santillán, D: *Diego Abad de Santillán. Semblanza de un leonés universal*. I.A.F. León, 1997, p. 101. Y no sólo en cárceles, también en campos de concentración. Cfr. Díaz, C: *Victor García, el Marco Polo del anarquismo*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1993.
4. In Díaz, C: *España, canto y llanto* cit. p. 134.
5. Cfr. Díaz, C: *Pedro Kropotkin (De Príncipe en Rusia, a prisionero en las cárceles del Zar)*. Acontecimiento, 1997, 43, pp. 47-53.
6. In Díaz, C: *España, canto y llanto* cit. p. 136.